

Hacha hechizada

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

Hacha hechizada es una novelita sobre tres A-amiga-os, que no saben exactamente cómo llegaron a vivir lo que vivieron ni tampoco cómo es que, después de muchos años, se reencontraron. De lo que no hay dudas, es que se quisieron tanto como quisieron. 2020.

Domenech, María Tamara

Hacha hechizada / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-5331-0

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Casa

Amiga

Cómo es posible esta casa. Yo nunca había visto. Hecha de cristal. Quiero tocarla. Temo. Si se llegara a romper. ¿Me romperá? Qué motivaría un rompimiento. Quién querría quedar debajo de historias en punta, hechos de trizas. Cómo se derrumba el sin sabor de amar algo que nunca voy a tener. ¿Corrompiéndome? Cómo se estropea el amor por una cosa. Piso descalza para no escuchar el sonido de la suela de los zapatos. No quiero hacer ruido sobre algo que no es mío. Y al mismo tiempo me animo a dejar huellas risueñas como si efectivamente hubiera usado tacos. De punta de pie, aunque es todo el pie, incluido el talón, mi peso, la forma cómoda de caminar. Quiero llegar a, la que considero, mi habitación. Quedaba una y la pedí primero. Me pertenece por haberme adelantado a lo que seguro llegaba tarde. Eso no lo aprendí de nadie más que de mí misma. Si grito me escuchan, si pienso paso inadvertida. Por eso, al primer indicio de deleitarme con algo que podría ser propio, lo robo con una tajada gritada. Es como si mirara una revista, la vida de personas en sitios majestuosos a los que nunca accederé, y arranco la hoja, la guardo en el bolsillo del pantalón, con la intención de que exista alguna posibilidad de asomarme a eso que no sea en sueños. No me gusta soñar. Es una pérdida de tiempo. Como el trabajo. Son momentos en los que el cuerpo, en cambio de disfrutar, está muerto. Responde, babea, abre mucho o cierra los ojos. Cuál es la medida justa de los ojos que disfrutan. Así. Ésta. Mirame. Ni muy abiertos. Ni muy cerrados. Los párpados están a media asta para evitar que los pedidos y los rayos de sol provoquen una clausura. La siesta.

Voy hacia un espacio que refracta la seda de un deshabillé. Rosa. Verde. Naranja. Amarillo. A través de esta tela se mimetiza el adentro y el afuera. Es un tobogán que permite que mi piel esté de los dos lados. Sin contradicción. Sin remordimiento. Aprieto entre mis dientes la pulpa jugosa de una fruta invisible. Nadie la ve, excepto yo que la muevo de un lado al otro de la boca, la muerdo y la trago despacio. Lo más despacio de que sea capaz. Para qué apurarme si tengo tiempo.

Acorté una distancia enorme desde que me decidí a irrumpir en una nueva realidad. Cómo ingresé. Eso no sé. Sólo lo hice. Estaba en mi casa chiquita hasta que dejaron de entrar mis pensamientos. Estaban doblados. Quería desplegarlos. Lo único que recuerdo es que hablé con un amigo y después con una amiga, o fue al revés, primero con una amiga y luego, con un amigo y llegamos a esta mansión en la que mi cuerpo diminuto pasa desapercibido, como si fueran los tallos de unas flores que la dueña pone en agua para decorar la mesa, o las patas de los insectos que se posan sobre las hojas del jardín, pero estoy, si dejo mis pisadas en los vidrios quedan exhalaciones. Tener aire de más para respirar, sentir en qué consiste tener algo de más, ser una pluma o una flor que el viento mueve sin arruinar. Nadie me tironea. Nada me duele. No caigo. Es un ir y venir de la cocina al pasillo. Del pasillo a la habitación. De la habitación al baño. Del baño al jardín con la palabra esmero. Qué es sino este penetrar en las cosas y esconderme para que nadie me quite de lo que quiero. Este lugar señala un pasado que nunca llegaría a darme lo que querría, entonces, evoco a mi familia para reflejarnos de cuerpo entero en un manjar.

Amigo

Esta es mi casa de manteca. Rampa. Desde que tengo uso de razón ella me atrapa. Es una estructura que condiciona a las personas. Mi madre de manteca. Mi padre. Mi hermano. Mi hermana. ¿Y yo? ¿Cómo soy yo? Me deslizo hasta un espejo de manteca. Qué veo. Un hombre grandote con la mirada de un niño. Dos canicas azules con una veta verde. Toco mis ojos en el reflejo para ver si logro agarrarme, sostenerlos. Lo primero que haría sería lavarlos con detergente para evitar el pegote y luego, llegar hasta la puerta para lanzarlos hacia la vereda. ¿Mis ojos serían capaces de arrastrar el peso de mi cuerpo hacia afuera? Un lugar en el que comenzar una vida despejada. Temo. Estoy acostumbrado a los trazos iridiscentes entre las personas. Un coqueteo. Sólo tendría que buscar a alguien. Pero con este cuerpo parezco un oso de chocolate. Qué mujer se enamoraría de un bombón. ¿Existirá un amor así? Tendría que intentar un imposible. Que a una mujer le den ganas de comerme y no lo haga. Tentarla y no saber cómo besarla. Un abrazo dulce sería el fin. Nacer para morir en el acto. Un segundo. El acercamiento, la desaparición. Gustar y tragar. Y después qué. Vivir con la sensación en la boca. Vivir la muerte.

Estoy en la vereda que no es de manteca. Es robusta. Invencible. Me sostiene. No quiero que el sol termine por consumir lo que recién ahora es una esperanza, por lo tanto, comienzo a caminar en busca de la sombra de algún árbol. Llego a una plaza que sabía que existía, de pasar con mi familia en auto pero nunca había venido. Caminar sus pequeñas calles, subirme a los juegos. Yo nunca jugué en lugares comunes, al aire libre. Me protegieron en una vitrina como un hijo, ejemplar único hecho de azúcar y leche. Al reparo soy un hombre que recobra la forma humana y me pregunto si la iluminación que había en casa sería la que me derretía. ¿Por qué la familia querría verme en estado líquido? Quizá el tipo de luz sea la preservación de un estado placentario.

Tengo que salir de ese mejunje. Ahora me da asco. Qué lindos pies tenía, qué linda espalda, y también tenía manos, piernas, y el pecho que protege un corazón que, a su vez, comienza a hacer circular fluidos espaciales en la cabeza. Tengo que pensar adónde ir. O cómo volver conservando el estado actual. Un hombre que despide a un niño mimado. Quiero mimar.

Me levanto del asiento en el que estoy y deambulo por el barrio en el que crecí pero no vi. Con tal de que no saliera, me regalaron miles de ciudades en miniatura. Tomá, jugá. Afuera es horrible. Vení con mamá. Parecía decirme toda la casa. Nada se compara a estas fachadas. Esta arboleda. Estas miradas. Este es mi cuerpo. Cómo sería saborear lo que tengo sin saber lo que podría alcanzar. Idear un plan requiere estar bien parado. Con unos zapatos hechos de escombros dejaría mi estado alado para siempre.

amiga

Una casa hecha con árboles. Qué significa. ¿Que están vivos? ¿Que tuvieron que morir? Aquí soy una princesa hecha de ramas secas y una corona de flores silvestres. Entré, me mezclé y me dieron ganas de quedarme. Cómo llegué. ¿Vine sola o de la mano de alguien? Son dudas que se suceden y no detengo para que conserven un estado prematuro. Cuál sería el inconveniente de quedarme acá. ¿Alguien vendría a buscarme? ¿Alguien se preocuparía? Y si me arrepintiera y no quisiera hacer preocupar a nadie, cómo sería regresar hecha una rama. Volver, ¿implicaría una preocupación nueva más que un alivio? Un hombre del que me hice o me hago amiga me trasladada a su jardín. Desde la palma de su mano me hace conocer cada cantero y la casa por dentro, también. Hay balcones. Me pregunta, si quiero ser trasladada, de un lado al otro, de su mano o si preferiría ser plantada y comprobar, con el tiempo, si cada rama seca recobra vida, doy frutos, pimpollos y flores. No sé qué responder. Veo una expectativa desmedida en sus ojos. Si respondo rápido temo decepcionarlo. Pasan unos segundos y son más fuertes mis impresiones que sus deseos. Entonces le pido que, antes de plantarme, pruebe ponerme unos días en un vaso con agua cerca de su cama. Y hace. Lo que le pida. Nunca me había pasado algo así. Mi vida hasta este momento era lo contrario. Lo que pedía no se podía. Lo que quería tenía que esperar. Lo que amaba había pasado. En cambio, en sus manos cada instante es una novedad. Me lleva al comedor en el que hay un aparador inmenso con vasos de todos los colores, materiales y tamaños, abre la puerta, me los muestra y me pide que señale el que me gusta. Hablo si quiero. Si no quiero él adivina. Está dispuesto a observar cada gesto hasta comprender los detalles del lenguaje diminuto. Cuidar a alguien es rebelarte. Dejar de querer que otros te presten atención. Una persona está frente a vos. No hay nadie atrás. Ni a los costados. Es una unión entre quien busca encuentra juguetes debajo del polvo. Elijo uno de vidrio transparente. Me lleva a su habitación. Me coloca en una mesita de luz. Y mientras me mira cierro los ojos. Al día siguiente, lo despierto con una caricia roja. Mi cara es de pétalos. Sonríe. Y yo también. Los milagros se suceden en los verbos. Esta contemplación.

La mesa

Amiga

Todas las mañanas salgo de mi habitación y me dirijo hacia una construcción, ubicada en el fondo. Tengo que cruzar el pasillo, la cocina, un patio, un camino y recién ahí, abrir el picaporte que dejan sin trabar.

En esa construcción destinada a las fiestas y los encuentros con amigos los fines de semana hay una mesa. Larga. De algarrobo macizo. Con dos bancos circundándola. Uno da a una ventana y el otro a una estufa a leña.

Esta que se convirtió en un paraíso me hace interrogar sobre las de mi historia, en mi casa. Cuántas había. De qué procedencia. Quiénes se sentaban alrededor. Y las respuestas escuetas dan cuenta de mi actual elección. Una sola, redonda, que habíamos heredado de mis abuelos, entre la cocina y el comedor no reinaba ni dividía, simplemente fastidiaba el paso. Me acuerdo de mi mamá venir con una bandeja caliente agarrada con guantes de goma: a ver, si me hacen un lugar, me quemo, no sé dan cuenta, qué vivos que son riéndose de mi dolor. Ay mamá, le contestábamos con mi hermano, no seas exagerada, si son sólo unos pasos, nada más los que separan el horno de nuestras bocas, dale, sentate. Y ella, que era el grito en cielo por cualquier cosa, repetía, esta de porquería, no sé todavía qué está haciendo entre nosotros. En cambio de haberla tirado, siempre recolectando tu padre. Miedoso. Eso es tu padre. El miedo hecho un mueble que camina. En vez de confiar en el futuro, ya vamos a salir adelante, va a estar todo bien, no, con el dinero que gano en cualquier momento vamos a tener que vivir debajo de esta tabla. El mobiliario incomodaba la relación de mi padre y mi madre. Ella confiaba en que nos iba a salvar un milagro y él, que era quien salía todas las mañanas temprano a trabajar, sabía que no, que los milagros son cucuruchos en la mente de las personas que provocan la tentación de cosas pasajeras, escarchas.

Además de ser incómoda, era circular, lo que nos convertía, al sentarnos, en personajes de calesita. Siempre la misma música, palabras, enojos, ilusión. Y para colmo, estaba forrada de una fórmica blanca, lo que provocaba que, si no queríamos mirarnos entre nosotros, nos reflejáramos ni bien acercábamos la cara al plato, y las nuestras eran una desgracia, sin ninguna sonrisa quedaba la aceptación de una broma irreversible. Haber nacido en un lugar que no se parecía en nada a quien quería ser. Entonces, se produjo un extrañamiento tan grande entre mi cuerpo y mis ideas, que cuando mi mamá abría el horno, simplemente quería ser un fuego, un gas, la creación de una obra de arte hecha de invisibles.

Por ejemplo, fue el aire el que me hizo llegar a tocar la mesa que toco ahora.

Me vuelve maciza de sólo mirarla.

Me vuelve valiente. Me deja apoyar.

Amigo

Dos tubos fluorescentes hay arriba de cada uno de nuestros escritorios de manteca. A mi hermano le corresponde uno y a mí otro igual, en una habitación en la que, excepto por la luz, es siamesa. La cabecera de mi cama se comunica con la cabecera de su cama, el respaldo de mi silla con la suya, el borde de mi alfombra para apoyar los pies, ni bien me levanto, pegado al borde de otra idéntica identidad.

Nos criaron con cosas por duplicado pero, como fui el primero, mis padres disponen sobre mi cuerpo un papel carbónico y cada uno con una birome remarca hasta crear la copia.

Mis pensamientos son de un derretido. Conservan el tacto de mi madre en mi piel, como si hubiera enharinado un molde de topacio que va al horno.

Mis sentimientos son un engrudo.

No dudo de lo que me pasa sino en cómo transmitirlo y cómo lo reciben otras personas. Aunque tuve pocas oportunidades. Y las que tuve fueron letales. Cada vez que me acerco a alguien se van hacia atrás. Queriéndose esconder. Me dejan solo.

A veces pienso en las hermosas tortas que me obsequiaron para mis cumpleaños. Monumentales. De tres pisos, colores tornasolados de crema chantillí. Y los objetos que ponían sobre la base saludaban mi soledad. Al final de la fiesta nos mirábamos, el muñeco y yo. A veces parecidos, otras no.

Osos, payasos, leones. De los tres me veía parecido al oso y muy distinto al payaso. Lo envidiaba. Su arte de hacer reír, que lo aplaudan, sus trucos para ser entretenido.

Yo soy lo contrario.

Desde que tengo uso de razón, el hecho de vivir en un espacio semejante, la hizo poner en duda.

¿La vida es el privilegio de deslizarme sobre las cosas y si caigo que no me duela?

¿Quién dice que el hecho de hacerlo sobre un colchón de merengue o leche no dañe?

Otra cosa muy distinta es comenzar a responderme.

No hay respuestas sin zapatos. Por eso, a partir de que volví y uso de calzado estos escombros, dejo hundimientos suaves y profundos, que me hacen pensar en el desplazamiento. Mi trazado. El hecho de dejar marcas hace que me distinga por algo distinto a la cualidad, a partir de la cual me distinguen.

Soy una corona que altera el pulso.

La posibilidad de un privilegio que mancha.

Parecida a la de dejar abierta la ranura ínfima de una ventana y que salga parte del aire de la casa. Y que ingresen aromas, exhalaciones de los pájaros, palabras accidentales. Como si tuviera el dominio de una parte de mi cuerpo, un brazo que queda elevado, clavado en la intemperie.

Una parte de mí es fuerte, magnética, proclive a una aventura.

Una raíz que vive dentro de un árbol muerto.

Entre lo que conozco y no conozco hay aproximaciones.

amiga

Esta es la mesa que no me gustaba por prejuiciosa y que al final quiero. De humo. Siempre desconfié que si me sentaba en torno de un mobiliario semejante me nublaban. Cómo nos íbamos a distinguir entre los comensales siempre somos conversadores. Entonces, si las palabras se mezclaban cómo nos íbamos a responder. Cómo nos daríamos cuenta de quién pedía qué cosa. La autoría es el anillo del lenguaje. La voz queda apresada. Más que por un reclamo nos dejamos llevar por una deleitación.

Somos tres. Amiga, Amigo y yo. Cada uno habla, responde, repite, simula entender si no escucha la terminación de la frase o simplemente nos reímos por los equívocos que se producen entre los sonidos y las imágenes.

Alrededor de una mesa de humo parecería que estuviéramos fumando.

¿Lo hacemos o nos hace creer que es así?

Las frases indistintas que oímos son: gracias Amigo por invitarnos a tu casa, te juro que nunca me hubiera imaginado pasarla tan bien, a tan sólo minutos de la mía; Amigo dice, ahora que las conocí a ustedes dos, me creo, hay firmeza en un resbalón; es ridícula la palabra firmeza mientras nos comunicamos entre pitadas y exhalaciones, jajajajaja; las invito a vivir conmigo para siempre; ¿y si nos descubren?; pero cómo, quiénes podrían hacerlo si tenemos todos los cuidados; querrás decir todos los candados; eso, tendrías que indicarnos, los lugares en los que guardan los secretos, no sé, llaves, cartas, esas cosas; les juro que no sé, tantos años viviendo en una casa en blanco no entiendo a qué secretos se refieren; pero seguro que tenés, están, los tienen bien guardados, son la nieve; qué decís, traé más hielo para rebajar este trago; ya voy, no hagan ruido; ¿vos creés que Amigo nos querrá de verdad o nos querrá emborrachar?; por qué confiamos; qué te hace desconfiar; no sé, será ¿la generosidad?; ¿a vos te parece?; y sí, las palabras que terminan en dad me hacen desconfiar; en inglés, papá; si vos lo decís será; yo no desconfío de él, él me hace desconfiar de mí, hasta dónde sería capaz de disfrutar cosas hermosas que nunca tuve y las tenemos, ¿no es irreal que de la nada tengamos lo que queremos?; a mí no me pasa eso, o exactamente igual, pero yo desconfío de sus intenciones; para mí que nos quiere sacar algo, el que te da tanto es porque quiere hacerte llegar a algo que no era lo que vos realmente querías, mirá si somos presas sin darnos cuenta; en esta casa que parece una confitería sería fácil escapar comiéndola; no sé, y si le decimos cuando entre con la hielera que no queremos más, y no tomamos; ah no, vos estás loca, por qué decir basta teniendo la oportunidad de estar contentas, vos no estás bien, no entiendo a veces por qué soy tu Amiga, tenés un límite; no seas así conmigo; sí, te falta bailar es un derroche, permitílo aunque sea en un recipiente con cubitos; me parece que sí, que esta vez me voy a dejar llevar como en una pista de patinaje, mirá que ahí viene, está por abrir la puerta, comportate como si no hubiéramos dicho nada.

Parque

Amiga

En mi antigua casa no tenía parque. Había un patio al final de una hilera de habitaciones como si se tratara de un vagón. Una daba a la calle, ésta se comunicaba con la de mi hermano, luego venía la de mis padres, el baño, después la cocina y recién ahí, por una pequeña ventana veíamos el sol, el cielo, algún que otro pájaro. Era pequeño, el patio, si estábamos juntos entrábamos parados.

Mi casa siempre me hizo pensar en los medios de transporte para llegar a horario al trabajo. Cada mínima acción o inacción se relacionaba con aquél. Por ejemplo, qué tal dormiste; bien, gracias má, muy bien; menos mal, porque tu padre siempre duerme mal, son los dolores en el cuerpo de un deber que lo deja indefenso; hoy podríamos comer algo rico, qué te parece un guiso; sería ideal, pero de hacerlo ahora usaríamos la verdura que tengo racionada para la semana; cómo me gustaría tener ropa nueva; si te parece, decime qué prenda querés y te la coso con la máquina.

Mis deseos eran de humo. Mi vida, una fábrica. Las palabras, el único despilfarro.

Porque sobraban aprendí a quejarme de todo menos de ellas. Nunca se vanagloriaron de ser cortas, rotas, pobrecitas. Al contrario. Me enseñaron a que si no te gusta lo que te dan o te disgusta lo que te debería gustar, andá, agarralas, dominalas. De un momento al otro, elegí las que me convencían y me llevaron donde yo quería.

Este parque lleno de flores, mariposas, una sombrilla, cuatro sillas y una cascada artificial hecha con piedras naturales.

Qué mejor lugar para reflexionar.

Si una está incómoda las palabras quedan adheridas al paladar. No las tragás, te hacen sentir un atoramiento perpetuo.

En cambio, sentada en esta reposera, dispuesta en un rincón en el que pareciera que nadie me ve, porque son distraídos, se fueron, hacen otras cosas o se quedaron dormidos, dejo que los libros leídos deambulen en mi mente.

Libres, sin tener que comportarse de una manera sabida, después de terminar uno, vendrá otro y otro más, las primeras lecturas quedan arrumbadas en el fondo del cerebro como si fuera un mobiliario que ya nadie quiere o usa por estar roto o desvencijado.

En esta nueva casa cierro los ojos y escucho las letras que corretean de un lado al otro, parecen chicos, las risas, a través de las ventanas abiertas, alborotan el encierro.

Dejo que el sol derrita los trabajos, las ilusiones, el despecho, como si fueran helados que caen al piso.

Queda una laguna parecida a la sangre abajo mío.

Amigo

Tantos años en este parque como un abecedario sin disfrutarlo. Sólo salí para ver cómo quedaba alguna adquisición. Hijo vení un ratito, te muestro, qué maravilla, ¿te gusta ahí o acá? Y a mí, la verdad, me daba todo igual. Las macetas. Los enanos. Las piedras de la fuente. Las algas. Los peces. Es un desperdicio el lenguaje cuando no sirve para pedir y recibir la magia que irriga la monotonía.

Pero la verdad es que no puedo quejarme, porque gracias a él, el parque y a él, el lenguaje, encontré un lugar para dos amigas, a las que conocí una tarde, mientras se reían y yo caminaba en busca de algo que no me hiciera resbalar a cada paso. Después de unas horas de hablar de cualquier cosa, ellas parecían no querer volver de donde habían venido y yo tampoco. Entonces las invité a mi casa.

Ideamos un plan para ver la posibilidad de que ingresaran y vivieran entre nosotros sin generar alboroto.

Una eligió la pieza de mi hermana, como ella duerme casi todos los días en la de su novio, los que no está, se queda, cuando ella vuelve, mi amiga duerme afuera. Debajo de un árbol, tapada con una manta, dice que le encanta. Y mi otra amiga quiero que duerma conmigo, pero, como no quiere, entre que le insisto y no cede, no dormimos.

Nos las pasamos yendo y viviendo cosas por primera vez.

Ella se deleita con los objetos y las bebidas y yo con su compañía.

Con ella estoy aprendiendo a expresarme. Pero no como me enseñaron en mi familia y en la escuela, sino de una manera mitad humana mitad gato:

Pocas palabras.

Busca caricias.

Estar en un lado y saltar al otro.

No tener miedo a la oscuridad.

Hace poco, de tantas vueltas que dimos, mientras que estaban todos dormidos, nos echamos al sol a la hora de la siesta.

Ella mi regazo. Yo tocándole el pelo.

Y qué soñó, me contó después de un rato:

Que tenía un dije en el cuello, con la forma de un animal negro con una flor roja en la boca, que se movía según sus sentimientos. Si había estado triste el collar lloraba. Si había estado alegre el dije reía.

amiga

Un brote, la mínima posibilidad de la vida en un tronco muerto seco, así viví. La cantidad de veces que caminé, vi bolsas de basura llenas de restos de jardines, fortunas despilfarradas por sus dueños, acostumbrados a la moda, el normal funcionamiento sobre cómo debieran quedar, recortar lo que sobra, las ramas, el follaje, los excedentes, la exuberancia, las raíces. Sólo dejan las flores para el centro de mesa. Lo que no decora queda afuera.

Yo lo vi. Yo lo viví.

Sólo los animales, a veces, las rasgaban, dejando ínfimas ventanas por las que alguna persona viera algo que le gustara y sustrajera o que ingresara una hormiga, un gusano a caminar por un bosque encantado encapsulado. Y otra vez, la repetición de una letanía, vivís si a alguien le gustás. Y si no le gustás a nadie, ¿no vivís más?

Para mí que las cosas no tienen que ser así, tan deprimentes. Que la mente caiga de donde está. A una planta, una flor, un árbol cuánto tiempo le llevó alcanzar donde llegó y una persona lo corta, habiéndose o no detenido a pensar.

¿Quién tiene mente? ¿El que la usa para crecer? ¿El que la usa para cortar? ¿El que la usa para pensar?

A veces prefiero no usarla y punto. Pasan mil cosas. Por ejemplo, un chico que enseguida me dieron ganas de que sea mi amigo, pasó por la puerta de mi casa mientras estaba con una amiga, dijo no sé qué cosa que me sacó una sonrisa y lo seguimos. O quizá, fue él quien nos siguió a nosotras en un capricho que ni sabíamos que teníamos.

Un hacha sirve a los jardineros para cortar troncos y que, con ellos, exista el fuego. Ahora, con esa misma herramienta nos cortamos del lugar en el que estamos y nos vamos. Caminamos los tres de la mano hasta la casa de él, que en instantes será la de los tres. Nos dice algo así, como savia, cuando en realidad había querido decir sabía, y ese equívoco, volver cosas comunes acciones fue algo que se siguió repitiendo entre nosotros sin querer.

La necesidad llama al habla. Moldea la lengua que hace trastabillar la sustancia de nuestros cuerpos.

De qué estamos hechos.

Esta pregunta recorre nuestra estadía.

Sentados en un nuevo jardín somos parte de un balbuceo entre plantas como si fuera posible que se pusieran borrachas.

Mi Amigo dispone una manta en el césped. Una botella de ron y tres vasos.

¿Si echamos gotas de alcohol a la tierra adónde llegan?

¿Quién las absorbe? En el fondo, ¿alguien escuchará nuestra conversación?

Cama

Amiga

A pata ancha tirada en la cama cuando los familiares se fueron. No están. Es un refugio sin vértigo, en el que abro la ventana y entra la noche, los zumbidos de los búhos me calman. Mis amigos deben estar cerca, ni idea, no los intuyo, arriba, abajo, no creo que hayan salido. Esta casa es demasiado grande, vidriera, que ellos caminan creyendo futuros secretos, hechos añicos, para despistar.

Recorro con mis ojos cada objeto pero no me dan ganas de probármelos. ¿Un perfume? ¿Un vestido? ¿Un collar? Por qué querría disfrazarme si en una cama que no es mía me siento cómoda.

Quizá sea por eso, el hecho de haber elegido por disfraz otra casa.

La noche en esta cama con sábanas blancas hasta el piso y manta caoba son un lienzo sin estrenar.

Me pregunto por los cuerpos.

Esta habitación propaga años de ausencia.

O la madre y el padre mienten en relación a que duermen o a que lo hagan juntos, o que estén juntos y pasen desapercibidos.

Es una cama sin señales, ni fragancias, ni arrugas, ni movimientos.

Muerta.

Y en cambio de darme impresión, me muevo de un lado al otro con la intención de impregnarme.

Qué querré decir. ¿Dejar mensajes para que sospechen entre sí y se arme un escándalo?

Qué ganaría con eso. Quizá el hecho de que se vayan por más tiempo para pensar qué haríamos para que no ingresaran nunca más. ¿Nos sacarían con la policía? Pero quién podría dudar de nosotras si uno de los hijos es nuestro amigo. ¿Una idea así, complicaría más a los padres que a nosotros que nos divertimos?

Cómo sería inventar un plan para quedarnos con algo sin que haya sangre, grito.

¿Habría una forma?

¿Un ataque invisible?

¿Una revolución sin sonido?

Y enseguida pienso en el último novio que tuve.

Aquí no extraño a nadie. Ni siquiera a la que fui.

Y enseguida me desdigo, si no extraño, pienso que me desconecté de mi interior, donde está mi corazón.

Y lo llamo de una manera distinta. No por su nombre sino por la palabra amor.

Una mano que me toque la cabeza. Cuántas historias guarda.

Nada que ver con este pimpollo en el que estoy.

Me abro al mundo en la penumbra sin que la boca recuerde la palabra equivocación.

Amigo

Se me estiraron los brazos de tanto intentar acercar lo que se alejaba. Hasta que la encontré a ella, una amiga muñeca, tenían que contraerse, sino podía matarla al abrazarla.

Quiere estar conmigo pero no en la cama. Salta, y no me resisto porque, a medida que la sigo, recobro un cuerpo.

En nuestra amistad no hay preguntas, hay acciones. Por ejemplo, no existe una conversación del tipo, ¿qué te gustaría hacer? Estoy aburrido, salgamos. No hay transiciones entre las cosas, hay cosas. El otro día, sin pronunciar palabra, cerró la puerta de la que ahora es nuestra casa y comenzó a caminar. Yo iba detrás, hasta que la alcancé, comenzó a correr, hasta que encontró unas bicicletas que estaban arrumbadas en una entrada, se subió, me miró esperando a que la siguiera y anduvimos. Me preguntó, al pasar ¿vos pensás que estoy robando? Y, enseguida le contesté que no, que me parecía que se estaba arrojando. Y continuó, exacto, después de unas horas, las dejaremos en el mismo lugar o más lejos para que no nos lastimen.

Y llegamos a un parque municipal en el que hay un lago, botes de colores, castillos y unas lomadas muy empinadas.

Nos miramos y subimos, la idea era dejarnos llevar por la bajada.

Por un momento, nos dio vértigo, a lo lejos se veía una espuma, una nube, una persona grumosa, hasta que se nos acercó una paloma del mismo color de lo que, creíamos era el abismo, nos miró de costado, y nos guiñó el ojo, acompañándonos cerca de los oídos.

Entonces pienso que esta chica es un augurio. El miedo sería esa espuma, esa nube, esa persona grumosa que existe pero que al tocarla se deshace.

Es una forma extraña de hacer el amor.

Así pasamos toda la tarde, pierdo las horas, el tiempo no lo quiero más. Al final tenerlo sin nada para hacer, sin nadie con quien estar, es padecerlo y yo quiero pedalear.

Soy medio pata dura, pierdo el equilibrio en el manubrio con facilidad. Ella me dice, adelante, un punto fijo, las ruedas van solas.

Me pregunto, cómo sería mi vida siguiéndola. Qué sentido tendría acompañar las direcciones de una muñeca. Cuál sería el fin de esta imaginación de carne y hueso.

No te dejes llevar por lo que no existe, parecen decirme sus ojos. Perdés la dirección.

Al atardecer, regresamos por el mismo camino por el que vinimos y pispeamos para identificar si el lugar del que sacamos las bicicletas está tranquilo o hay un remolino.

Como no hay nadie a la vista, las dejamos como las encontramos, con una tarjeta que dice: "gracias", porque para divertirnos no pedimos permiso.

amiga

Cuando digo sí es sí, cuando digo no es no. Cuando sueño ocurre cualquier cosa. No quise quedarme dormida pero me quedé. Tomamos una botella de ron con cola, hielo y limón. Amiga dijo, todo muy lindo pero yo no doy más, los dejo, mañana nos vemos. Pero antes de retirarse del parque en el que nos escondemos a la noche, me miró fijo, me acarició la cabeza y me pidió, cuidate, la estás descontrolando. Y a Amigo, le hizo un gesto con las manos como si le fuera a pegar un tiro si me hacía algo que yo no quisiera que pasara. Amiga se fue, Amigo se quedó, me sirvió una medida más de alcohol y me desplomé en su regazo. Y porque es bueno no me hizo nada malo, si hubiera sido malo, se hubiera aprovechado de quedar inconsciente.

Y sobre sus piernas pasó:

Que él quería penetrar mis sentimientos pero como no lo dejaba, mandaba un ejército de gusanos a perseguirme. Cuando se iban acercando me daba cuenta de que eran penes, quedo cercada por ellos, se paran y me miran.

Lloro porque nunca había peleado con seres por el estilo. Si los traspaso me seguirían, si los aplasto me darían asco, si los quisiera matar me pregunto, cómo se matarían.

Al verme así, los penes gusanos eyaculan. Y en ese momento, no entiendo si me traicionan pero por lo menos no avanzan.

Después de un rato, comienza a reproducirse el paisaje en el que estamos, como si lo hubiesen inseminado, nacen ventanas, pastos, flores, ranas, ojos en mi cuerpo, me asusto y me despierto.

Cuando lo hago, se despierta Amigo mitad animado mitad desanimado.

Yo estoy confundida y no sé si decirle algo, qué sería.

Él me mira sin buscar palabras, solamente seguir durmiendo. Pero yo necesito un cambio de posición, un intercambio, un movimiento.

Me siento.

Él me pregunta qué pasa.

Al principio, le digo que nada.

Si no le digo nada de lo que soñé, le miento.

Y si le digo, me avergüenzo.

Entonces prefiero contarle lo vivido y en cambio de sentirme desnuda, me tapa con su campera.

Hay tantas formas de querer.

En eso creo cuando agarro las puntas de su ropa.

Un lazo de piel sobre mil preguntas.

Auto

Amiga

De aburrida propongo un día distinto. Hace cuánto nadie saca el auto de donde está. El garaje se ríe de todos nosotros, que sea él, un lugar muerto, el que disfrute de su estacionamiento. ¿Pero será real que así lo pase bien? ¿O en realidad lo pasa bastante mal y como no tiene manera de hacérselo llegar, no nos alcanza la sensación en la que está? Basta de estupideces. Les propongo a mis amigos, sacarlo y que nos lleve a un sitio desconocido.

Le preguntamos a Amigo si sabe manejar y balbucea. Entiendo por qué amiga duda de estar con él de una manera plena, sus respuestas, a veces no suben ni un escalón. ¿Sabés o no? Y escuchamos que contesta con una voz de manteca, sí, bah, más o menos, una vez quisieron enseñarme; ¿Y aprendiste o no?; y, como no fueron tantas veces las que salimos, me falta práctica; entonces practiquemos. Por un momento, lo vemos asustado, la miro a amiga como diciéndole, por ahí si le decís algo vos, se anima, recuerda lo que aprendió. Y amiga, sugiere, es un hermoso día para acercarnos al río y él, en cambio de hablar, se ríe; no, digo yo, no te rías, amiga es muy seria, no sería ella, dale, contestale, ¿te animás o no? y, como lo cercamos con los cuerpos, enseguida dice, bueno, el tema es cómo sacarlo para que no haga ruido. Y entre los tres lo empujamos despacio hacia la vereda.

Amigo busca la llave, lo arranca y al principio se atora, se aterra, pero después muy despacio, mantiene un equilibrio fijo.

amiga que está sentada en el asiento de atrás, pregunta: Amigo, qué te parece si conduce Amiga, creo que nos tenés miedo. Y los autos son como los perros. Huelen. Y si percibe que no estás a gusto se va a empezar a disgustar.

Y respondo, yo lo haría con una sola condición, que amiga se siente adelante conmigo, no que vaya atrás con vos.

Amigo frena. Sale del auto. Rojo manzana lustrada. Y se sienta atrás.

Le digo, no pongas cara de hijo. Que hijos no solemos tener.

Amigo, se queda estupefacto y hace un silencio.

Subo, inclino el asiento hacia adelante, pongo un poco de música y enciendo un cigarrillo. amiga viaja con la ventanilla baja, mirando por el espejo del costado a nuestro Amigo oso mimado. ¿Te sentís bien? ¿Te gusta?, le pregunta.

Pero él responde que no entiende porque no tiene palabras para lo que le pasa.

Cuando manejo siento que el mundo me lleva por delante de una manera suave.

Y amiga pronuncia más o menos, lo que no menciono, merodean las frases. "Llévatelo". Llévate, qué; el mundo por delante. Qué decís, no seas peligrosa; dale, no te pongas furiosa; qué podría pasarnos; no sé, nada; por eso, hacé que algo nos pase; poné otra canción; ¿te gusta ésta?; me encanta, prepárense, porque no paro hasta llegar; a dónde; ¿no querían ir al río?; y a toda velocidad llegamos a la orilla, habiendo atravesado, en un instante, el atardecer.

Amigo

Una mañana, soy yo el que le pregunta a amiga si en cambio de quedarnos, en el lugar en el que estamos, nos vamos.

Al final creo que el hecho de que vinieran a casa hace que se despierten los recorridos que hice toda mi vida y sean mis pasos los que me enfrentan para salir. Ellos tienen sonido.

Adentro parecen escombros y afuera son campanas.

amiga me dice que la sorprende, que no puede creer las ideas que tengo, me agarra de la campera, busca por mí las llaves y salimos a dar vueltas, sin decirle a nadie dónde vamos porque nosotros tampoco sabemos.

Arranco el auto con seguridad, quizá sea porque ella ya sabe que manejo inseguro, después de que se diera cuenta de un secreto, se me va el miedo.

Doy vueltas a la manzana, luego vueltas a las cuatro manzanas que bordean la primera, y así hasta llegar a otra ciudad. Cuando me quiero acordar amiga se quedó dormida.

Entonces freno, la bajo y la acuesto en el asiento de atrás para que se estire, esté cómoda. Vivo una nota a pie de página. Lo que era más importante quedó en otra parte, mi familia, mis estudios, mis amigos, mi destino. Lo que vivo, lo busqué y lo encontré debajo de lo que me pasaba y pienso que quizá perdí un montón de cosas porque en un lugar principal pasan sin principio.

Querer iniciar una historia, un viaje, una relación.

Son palabras tentáculos de medusas que me tientan a seguir preguntándome, por ejemplo, qué hago en un auto en otra ciudad, a cuatro horas de haber salido, por suerte sin teléfono, así nadie llama, con una persona que sueña.

Y creo que es eso, la responsabilidad de cuidarla, no chocar, no frenar de golpe, no despertarla. Podría quererla durmiendo. En coma. O despierta, dando mil vueltas.

En este auto, cuántas veces me sentí desafortunado, mi padre al volante, mi madre al costado, con mis hermanos, asintiendo con la cabeza las maniobras de los conductores. Qué sentido tienen asentir los monosílabos, sí, no, para seguir hacia adelante qué había. Todo lo mismo.

O con mis amigos, la broma, el chiste, cuál fue, simulaba entender algo que ya había pasado, la risa.

En cambio, ahora, a amiga no la cambio por nada de lo que viví perdí. Y no quiero perderme más.

En un momento, se levanta y pregunta, dónde estamos; la verdad es que no sé; ¿y tenías pensado seguir?; dónde podríamos llegar; nos perderemos; preguntemos porque ya estamos mareados; creo que vinimos de allá para acá; no sé, estaba dormida, no te puedo ayudar; lo vamos a solucionar, me hacés falta; qué dijiste; me hace falta nafta para volver.

amiga

Un día de frío no quiero estar afuera, tampoco adentro, el auto es un lugar intermedio. Antes le pregunto a Amigo, si le parece, si podemos, y a él cada palabra que digo la adora, le parece dorada, lo obnubila.

Por supuesto, contesta y cerramos la puerta. Al principio es un refugio, me asfixio, después un viaje.

¿Será porque fumo? ¿Lo hago fumar a él, los asientos, el volante? ¿Qué necesidad tengo de llenar con humo el aire? ¿No tengo palabras para él? ¿O él no las tiene para mí? ¿Esta tiniebla es un estado pasado, presente o está por venir?

Son preguntas que se impregnan en la ropa y él me saca, entonces, respiro.

Al principio, Amigo no hace más que mirarme. Después quiere acercarse y tocarme.

Por qué no me dejo llevar. Qué me retrae. ¿El contacto con sus ojos o su piel? Tengo que probar. Es una invitación constante a entender mis sentimientos. Producirlos.

Y le quito un traje, pesado, un telón cosido con el esfuerzo de muchas manos, las corto, se las saco de encima. Y sonrío como si a partir del hecho de ser tocado resucitara una parte de él, un hombro, una pierna, parte del cabello. Es una manera de despertar. Una flecha que traspasa una boca de hormigón.

Desnudo recobra la mirada de un animal tierno y le acaricio la cabeza para que se quede conmigo, que nunca se mueva de donde está, no me deje con una demolición de palabras desperdigadas.

Apenas un leve vaivén. De las cosas que queremos y de las que todavía no, las comunicamos con exhalaciones, nuestras manos, luces.

Él, que sabe manejar, desconoce las del auto.

Y así comenzamos a proyectar hacia afuera lo que nos pasa.

Quizá, la creación de un lenguaje sea recorrer miles de kilómetros, convivir, la eternidad. Si proyecta la larga significa juntos. Si proyecta la corta significa desaparición. Si proyecta la de posición es una mezcla parecida a un cenicero, en el que quedan vestigios de frases inspiradas.

Si proyecto la luz larga tengo miedo de que alguien de la familia se despierte. Si enciendo la luz corta me dan ganas de vestirlo, me lleva a un cuarto de infancia en el que todo el día jugaba sola con mis muñecas. Si proyecto la de posición pienso en el hecho de estar sentada hace tanto tiempo. Reclino el asiento hacia atrás.

Luego Amigo me abraza.

Luego se sube arriba mío.

Y pasa algo parecido al aleteo de un ave parpadeante.

Sombrilla

Amiga

Casas con sombrilla. Familias que se permiten vacaciones eternamente. La que veo en este parque, con base firme y toldo exagerado, con el que varias cabezas quedan cubiertas, en sombras.

Según lo que dice Amigo, cuando entra a su casa se desarma, se resbala, nunca podrían haberla puesto adentro, el sol con ella haría lo contrario para lo que fue creada, se derretiría, pasaría a ser una protección inservible de manteca.

Pero afuera se destaca. A mí me encantaría disfrutarla pero como me verían, desde arriba del techo, como si fuera una gárgola, embrujo lo que no puedo usar.

Amigo ya nos había dicho, la casa es nuestra, menos debajo de la sombrilla, en cambio de protegernos, nos verían, es un espacio en el que mi madre se sirve del deseo de los demás. El punto final de una pasarela, en la que deposita una mesa con rueditas y un manjar.

Entonces veo y escucho qué hace Amigo, hasta dónde sería capaz de hacernos un lugar, más allá de que nos quiera, por qué nos acostumbraríamos a esta especie de clandestinidad. A quién le sirve a esta hora de la noche con el hambre que tenemos. ¿A Amigo? ¿A nosotras? ¿A su familia?

Qué pasaría me pregunto, en esta posición tan incómoda, si en cambio de seguir un juego, bajáramos con amiga, lleváramos unas sillas y nos sentáramos con ellos. Cuál sería el problema. Cómo nos presentaría Amigo, ¿seríamos amigas, desconocidas, invitadas? Me pregunto cómo hizo Amigo para vivir una vida sentado. Ni una palabra pronuncia, es un humano boca de mármol.

Quizá si le tiro una rama o un fruto se aviva, de que debe hacer algo, seguir comiendo y bebiendo es injusto, sobre todo porque no nos presenta ni nos convida.

¿Será envidia esto que siento? Por ahí sí, por ahí, no. ¿Es injusticia? Por ahí sí, por ahí no. ¿Es justicia divina? Por ahí sí, por ahí no. Las preguntas son espuelas idiotas que traban mis pies en el techo. No es un caballo. Porque si lo fuera rozaría con mi cuerpo donde están y dejaría todo patas para arriba para que lo tuvieran que arreglar. Ni uno al servicio del otro. Ni el otro al servicio de uno. Esta mujer me exaspera, es una hechicera. Quiero desposeerla de la pose en la que está.

Y ahí no más, para no herirla, tiro una piña en el centro de la mesa.

Ella se exalta, el resto no. Y grita, qué peligro, qué paso, qué fue eso.

Y Amigo, por primera vez responde, qué ruido: déjenme ver de dónde viene, si fue el azar.

Y me guiña un ojo desde abajo, guardando en sus bolsillos comida y champagne porque, por ahora, vivimos de sorpresas inducidas.

Amigo

No sé qué hago acá sentado. En este momento estaría con amiga, ¿estará perdida? Cómo dejaré este hogar. Con qué excusa, trabajo, milagro.

Me hipnotizaron los manjares, ¿el sabor?

Me estoy conformando a imagen y semejanza de las cosas que me encantan, pierdo el hilo de mi vida, una desilusión.

Entonces me paro, me preguntan cómo, dónde voy, qué me pasó, y contesto que estoy harto, mi madre pregunta de qué, mi padre responde qué, y mis hermanos no se pronuncian porque se levantaron antes.

Pero dónde pensás ir, no nos asustes; a cualquier lado en el que no me hagan magia negra; mi vida, dice mi madre, ¿te volviste loco?, para nada respondo, todo este chocolate.

De qué habla, le pregunta a mi padre; no tengo idea, si supiera ya te hubiera respondido; no se hagan los perdidos, les digo, el amor me empalagó, caramelo pegado en las muelas y el paladar, cómo iba a poder hablar; te entenderemos siempre, dicen los dos, como si fueran parte de un coro que repite una canción de azúcar que quema. Nuestro hijín grandote, nuestro hijín chiquito, nuestro hijín bebé, qué más querés. Nada más y me doy cuenta que nunca había gritado y sigo y sigo para saber exactamente dónde termino. En ningún momento pienso en las consecuencias, grito llamándome. Por mi nombre que es un hombre que quedó muy lejos. ¿Podré estirarle la mano, ayudarlo o estaré más pendiente de otros que no soy yo, por ejemplo de mis a Amigas?, pero cómo podría seguir con ellas, desatendiéndome. Váyanse, digo, no los quiero ver más. Mi madre deja la mesa con ruedas a un costado y mi padre la abraza y lo único que repite, es, no sé qué le pasa. No lo puedo creer, que me hagas esto, con el tiempo que estuve cocinándote. Tanto calor, haragán, me las vas a pagar. A mi madre le cambia la voz.

Amiga me chista desde arriba, amiga me toca la pierna, la veo y de un tirón la llevo hacia otro punto del parque.

Arriba de la rama de un árbol llegamos. Lloro y ella me abraza.

Dice algo así como no esperaba nada más que dejaras de susurrar confites en una mano.

Si no te reconocés tocame.

Amiga grita desde el techo.

Y después lo hago yo.

Para la familia somos aves extrañas que sobrevuelan una cena, un día común debajo de una sombrilla.

Para ellos ya va a pasar.

Nosotros en dos puntos equis distantes mantenemos una rebelión magnética de amor.

amiga

No puedo creer que estando sentada detrás de la silla de Amigo, durante la cena, ni él ni su familia se dieran cuenta de mi presencia. Escuché cada palabra, silencio, arrebatado, suspiro.

La madre habló de un posible viaje, el padre asintió con la cabeza, al hermano le daba más o menos lo mismo, la hermana riéndose, decía en voz muy baja: conmigo no cuenten y punto. Yo me voy con mi novio a otra parte. Ustedes tendrán todas las ganas del mundo de estar juntos; ¿te gusta así la comida o así? Qué vamos a hacer, una línea interminable de acciones de moscas. Zumbando. Zumbando.

Amigo siempre se calla para mí que es la forma que tiene de pensar cómo es posible tener dos materialidades diferentes. Adentro se desalma, afuera se arma. Su cabeza crece y crece.

El padre a la madre le dice, mamita esto es un deleite y ella lo mira, le acaricia el pelo y disiente, tu padre se conforma con cualquier cosa; ay mamá qué decís, sabés que te gusta que te diga cosas así, sino para quién cocinás; para ustedes florcitas, no se cansen de comer y el hermano dice, por mí ya está bien; pero quedate con nosotros un ratito más, ya sé, les voy a traer un postre, y además compré un café que no se lo pueden perder; el padre dice, ¿querés que vaya yo?, no me cuesta ir y venir a la cocina, son unos pasos; para nada, con esta linda mesita que me regalaste vos, voy rapidito y me calmo colmándolos. La hermana es la única que relaciona lo que dicen con cosas que no están al alcance de la mano, ya dijo novio, recién dijo luna. Nadie le presta atención o será que habla para no hacerse escuchar.

En Amigo presiento una desilusión.

Por qué nos seguimos quedando con Amiga si las dos en este momento estamos viendo una película que no se termina.

Y creo que Amiga quiere seguir probando manjares.

Amigo no quiere problemas.

¿Será que nosotras los buscamos porque los necesitamos?

Qué macana estar acá sentada detrás de su espalda ¿será una plegaria?

Quién soy para este berrinche que hago.

Y, en vez de contestar algo, comienzo a incomodarme.

Para que algo cambie hay que pararse y despedir las palabras como platos sucios y vacíos.

Cielo

Amiga

Celeste el cielo me enceguece. En este parque que los habitantes llaman “fondo” me conformo, unas horas, unos días, ¿toda la vida? No sé cómo sería.

Suerte que traje esta bikini y estos anteojos. Si no quiero hablar me los pongo, me hacen pasar por la dormida.

Hay que estar dispuesta a los cambios, una se puede pasar toda la vida tentándolos. Yo eso no quiero, por eso agarro de la bandeja, convidada por Amigo, sus manjares.

Para mi antigua familia había sido una bruja, fea, critica, solitaria, acá soy un aroma, un juego, una amiga.

Cuanto más sol más contenta me pongo. No me levanto en ningún momento, ni siquiera para tomar agua, si tengo sed aguanto hasta la hora de un trago, si tengo ganas de hacer pis la tierra absorbe, ningún pasto juzga, ningún pájaro entabla una relación con una humana.

Me coloco los auriculares de mis walkman, una palabra vieja, un aparato, que sin embargo amo. Lo viejo que transmite si no lo hace odio lo nuevo.

Las canciones acompañan este día de luz.

Cuando se termina el casete no me dan los dedos para darlo vuelta. Si fuera por mí, dejaría de hablar y en mi boca pondría un dispositivo con canciones.

A veces, ni me hace falta desear, están ellas que me hacen bailar. No me preguntan, clausuran mi entendimiento, y atiando esos momentos, cuando deja de haber órdenes. Arriba y abajo, afuera y adentro, a un costado y al otro. Es el sonido de una batería que perdura en el encierro de una discoteca.

Canciones celestes. Canciones derretidas. Canciones soles. Canciones solas. Canciones escapadas. Canciones con moretones.

No sé dónde estarán Amigo y amiga, la verdad es, que en momentos así, no los extraño. Después sí, enseguida necesito verlos, besarlos y abrazarlos.

No hay mejor día que este, ni mejor vida, ni mejor final que habernos dejado llevar por una sintonía mitad llena mitad vacía. Sólo una nota, por ejemplo, fa, sólo la fe.

Amigo

Recostado con amiga en este jardín el cielo parece homogéneo pero no lo es.

Una idea, una sensación, una sanación, tampoco. De lejos parece un prolijo pastel pero al tocarlo, llevarlo a la boca contraste sus elementos distantes. Frutilla, chocolate, pegajoso, húmedo, empalague.

¿Cómo es la paz?

Para mí es dulce como la cabeza de amiga sobre mi regazo. Un animal que no se deja atrapar. Sólo unos instantes, una contemplación lúcida se apaga. Pasa con las palabras con las que atrapo ese estado. Pero sé que no es el estado que vivo. Es una golosina que uno le da a un niño para que no siga llorando.

Hay algo entre nosotros cosido con un cabello viejo y frágil a la vez.

Un bordado negro en el cielo. Una costura de nosotros dos agarrados de la mano.

Esa imagen es la que me hace feliz. Sabiendo que es inválido lo que digo. Nadie que esté cuerdo creería en la realidad de la imaginación.

Nadie menos yo que estoy enamorado y creo en todo lo que emane de mí en torno a ella.

Una fuente al revés. Soy una estatua de la que brota agua hacia una mujer.

El cielo es una capa que desciende para elevarnos. Cierro los ojos, ella los abre y caemos al piso.

Me dan ganas de decirle, ¿vos lo hacés a propósito?, ¿para despistarme? Pero no le pregunto porque no quiero escuchar; dale, hace mucho calor, salgamos, ¿qué vamos a hacer toda la tarde ahí tirados?; ¿eso te parece que estábamos haciendo?; sí, sin un propósito; ¿pero si el propósito era ese?; no me gusta esa palabra, como te referís así sobre nosotros dos; tirado es una palabra mágica, una caña de pescar, una ilusión; un festejo, la comida; suficiente para mí, no me gusta cuando hablás de más; es que vos me hacés hablar, ¿no te das cuenta que estaba callado?; es que enseguida enfrentás lo que digo; enseguida cortás con un cuchillo lo que estaba imaginando; qué querés que haga, tengo calor; ya vengo; no te vayas.

Camino hasta una canilla de la que cuelga una manguera, la abro y camino hacia donde está sentada amiga.

Y la mojo, ella me corre queriéndomela sacar, hasta que lo logra y me moja, y así hasta que quedamos empapados.

Al escurrir nuestra ropa caen gotas pesadas a la tierra.

Las de ella son rojas desteñidas por su remera.

Y las mías son de jean azul. Un llanto espeso por haberme levantado cuando menos quería.

amiga

Este cielo no es un libro, Amigo lo sabe pero no quiere entender lo que sabe, explicándomelo me confunde más. La vez que nos encontramos casi de casualidad, sabemos que no fue tanto, creo que él tendría que comprender que nos estábamos llamando. Ahora, qué significa llamar a alguien, el motivo es muy personal. Él quería vivir algo distinto y yo también, ese es el punto casual de las uniones pero después, desde ahí, los rayos rebotan en direcciones distintas, a veces contrarias. Es como decir, tenía ganas de hablar, estar con alguien, pero ese alguien, que también quería hablar, estar con alguien, quiere hablar de una cosa que no tienta el mínimo detalle de la cosa que el otro quería hablar.

Es mucho lío amar.

Yo nunca amé ni creo que vaya a amar tal cual aprendí o veo que otros esperan.

A mí no me interesa esa unión.

Me gustan las que son un moño de raso, al mínimo roce se desanuda y es tan pregnante un solo lazo, como dos, el cabello suelto de una persona al viento.

Lo que yo vi-vi, fue el amor apretado, de mi padre con mi madre, una retama de monosílabas. M, ne, se, pue.

Es decir, nunca escuché una palabra entera, una oración, un párrafo, siempre cortada, no sé si por falta de aire, de ganas, qué sé yo.

Temí que alguien me agarrara la mano para hablar, sostuviera la cabeza, buscara las letras adentro de mi lengua. A quién se le ocurriría el hecho de inventarlas para dejarlas en el asiento de atrás, el fondo del parque, el pozo ciego que recibe los deshechos de nuestras rutinas.

Entonces a Amigo le digo, si creés que me enamoré, porque me quedo con vos, pensá que son tus explicaciones sin explicar las que me atrapan.

Libro

Amiga

Los libros son platos de sopa, si te acercás tu cara en palabras de otros te encuentran. La loza, el agua, el vapor, las ideas.

No me gusta decir, libros son mis refugios, de qué, para qué, de quiénes, es una actitud cómoda. Y yo creo que, quien escribe lo hace porque se siente incómodo con algo, con alguien, o lo hace para incomodar.

Entonces digo, un libro es una posibilidad. De qué, ya es otra cosa, depende qué quieras, qué no quieras, qué busques, qué encuentres. Ellos te ayudan si te les acercás. No son tontos, son sabios tan parecidos a los niños, las flores, los gatos. No son objetos que se presten a las acciones de la distancia. Por el contrario, los mirás, los abrazás y te ganás su confianza.

Cuando era chica en mi casa sólo había una biblia y unos cuadernillos de solfeos. Aprendí a rezar y a entonar para, luego, abandonar lo que había aprendido y sumergirme en otras religiones, filosofías, entonaciones, idiomas. A cada lugar al que fui, la primaria, la secundaria, la universidad, casas de amigos, me ubicaba frente a las bibliotecas como si fuesen espejos aguados de lo que nunca había tenido.

Y pedía que me los prestaran y si no accedían me los llevaba y los escondía en mi dormitorio, total, nadie se daba cuenta, nunca se acumulaban, a medida que los miraba los regalaba.

No los devolvía, porque nadie me los había presentado.

Así, leí un montón hasta entenderme y cuando lo lograba, aparecía un nuevo ejemplar que me desarmaba, me desentendía y tenía que conseguir otro hasta re establecerme. La comunicación siempre me resultó difícil. Cómo hablás con otro, desde un lugar en el que lo más importante de tu persona permanece secreto, bajo llave. A no ser que cuentes, el problema es a quién. Tiene que ser porque ya no aguantas más o porque una persona vino a entenderte.

Eso me pasó con amiga. Unas preguntas así no más en el pasillo de la universidad y enseguida nos seguimos la corriente mutuamente. Qué es una amistad. ¿Un flujo, un caudal, un manantial?

Lo primero que hizo cuando conoció mi casa fue quedarse anonadada con los estantes que dispuse dentro de un armario para que nadie notara lo que acumulaba.

Dejé de cantar y aprendí a dejarme encantar por las palabras de otros, a veces, con amiga nos divertimos mezclando voces en una batidora. A cada una le corresponde una fruta.

Una para los profesores, otra para los autores, otra para los amantes.

Y una vez que los tenemos listos, nos los tomamos.

Qué fácil es volver simultáneo un amor diferido.

Que forme parte de nuestro propio cuerpo.

Como si fuese una hostia pero al revés.

El paladar queda vacío para pronunciar nuestras palabras.

Dulces, ligeras, hechas de momentos como el que estamos viviendo.

Acostadas en el parque, con una mano sostenemos un libro que sacamos de la biblioteca de Amigo y con la que queda libre escribimos en la tierra el nombre de la otra.

Amigo

A mí los libros me salvaron del abismo. Cuál, uno se podría preguntar, resbalar y quedar atrapado en un paquete de manteca. Mi vida. Mis amigos. Mi destino. Rocas de las cuales me pude agarrar, haciendo fuerza quedaron huellas de mis dedos en ellas. Como un regalo mutuo. Mis manos rojas. Sus hojas sucias. Quién dijo que los regalos son siempre hermosos. Y qué significa ser hermoso para un regalo. Para mí basta con que algo o alguien te saque de donde estás porque uno no conoce lo que no conoce. Por eso, qué mejor que algo o alguien te invite, fuerce, lleve a conocer. Quizá el ir y venir no sea una fiesta, un envoltorio, una pregunta, pero una vez que uno llega donde llega no se arrepiente, se distiende.

Los libros de los cuales me agarré para no caerme son de tapa dura, heredados de un director de un colegio, nunca supe cómo terminaron en mi casa-museo. ¿Los habrán comprado, robado, nos los habrán regalado? Desde que tengo uso de razón me llamaron la atención, colocados en una vitrina que abarca una pared, no es lo mismo buscarlos en un baúl escondidos que exhibidos. De lejos, veo una cosa, a una distancia media otra y cuando me acerco y agarro alguno, otra completamente diferente. Una vez, cuando me quedé solo, probé disfrazarme con ellos. Armé un sombrero, una malla, un par de ojotas y una remera. Me sentía un bañero que custodiaba que otros bañistas no se perdieran, ahogaran, cayeran. Era chico, claro está, pero la sensación de desnudarme y volverme a vestir con algo distinto a mí, no me la olvido más. Cuando mi familia llegó, entró y gritó por el frío, por el lío de decenas de libros tirados por todas partes.

Yo no digo nada, no dije tampoco. Hasta hace un tiempo que sentí la propulsión de salir a dar una vuelta a la manzana y darme cuenta de las amigas que me perdía.

Los libros rescatan pero atrapan, de eso me estoy dando cuenta ahora, ya voy a desentrañar estar a salvo.

Yo me consideraba un oso, un muñeco que estaba arriba de la torta y esperaba que los invitados a una fiesta lo mirasen, aunque sea un rato, porque estar en el centro, al fin y al cabo, qué significa, podés estar en un lugar destacado y que nadie te vea de verdad.

Por eso me pregunto, qué cosas hacen que empecemos a verlas por su nombre, en el centro de quién, en el centro para qué, en el centro por quiénes, quiénes te pusieron en el centro de un lugar que, instantes después, van a descartar.

Y creo que soy capaz de bajar por una escalera de libros que preparo ahora.

Me hago llegar a una casa de hojas y tapas de cartón con una mujer real de carne y hueso. Que duda y, sin embargo, me hace confiar en la vida, la vía de un tren por la que nunca habíamos ido también dice peligro a los costados.

amiga

Para qué necesitaba yo a los libros. Yo a los libros no los necesitaba. Por qué llegaron, en nombre de quién entraron, se sentaron en un lugar vacío de la casa. Por qué los acepté sin preguntar, ustedes, qué hacen acá, por qué no se retiran, esta es nuestra casa y si falta un comensal, un comensal falta. Dónde se vio que un libro grandote, cabeza tapa dura, abra la boca y se lleve la cuchara con sopa. No señor, la sopa se enfrió. Los libros en esta casa no comen. Es un disparate que un hombre los haya mandado y ustedes se hayan dejado mandonear. Es un disparo. Por la misma puerta que vieron cuando me los entregaron, les pedimos que se retiren. Será por las buenas o por las malas. A quién se le puede ocurrir dejar sentado en una silla de la cocina a un ser muerto en lugar de un objeto viviente. Esto así como lo escribo es lo que tendría que haber dicho. Pero, en cambio de decirlo, cerré la boca y corrí la silla para que el objeto se sentara y, en cambio de no haberle hablado, asentí cada palabra que hacía que le leyera o cómo se supone que el ser de un objeto dicta sus pensamientos, los libros no hablan, hay que leer, prestarles atención a lo que cargan. Las palabras. Yo creo que me tomaron el pelo toda la vida. Y, en cambio de renunciar a ellos, presiento que renunciaría a la vida vivida. Entonces me hago lío y para pensar, actúo de la misma manera que ya lleva muchos años.

Qué haría Amiga, si un día cualquiera le dijera, me voy pero te dejo, con cualquier cosa, no sé mi cartera. Amiga, me diría, ¿estás loca? Qué te pensás, que soy una idiota, con quién te vas, qué te pasó, ¿te hice algo? ¿Me vas a dejar adivinando con un porta cosméticos y tu espejo de mano en mi mano? Qué se supone que tendría que hacer yo con tus cosas. ¿Pintarme la cara sería una forma de responder por vos? Si así fuera, se preguntaría, qué hice todo este tiempo, una mentira, decime que no fue así.

Y le contestaría, era una broma, cómo te iba a dejar con mis cosas, para que te entretuvieras y no te dieras cuenta de que me había ido. Quién podría hacer algo semejante. Dejar la tele encendida, la radio, para que los demás supongan que hay alguien dentro de una casa cuando en realidad no hay nadie.

Y un día, hicimos algo que nunca me había animado a hacer sola.

Sacamos a mi papá de la casa, lo llevamos a un campo baldío, lo acostamos para que simulara una mesa, un banco, un escalón, en el que los niños perdidos del barrio pudieran subirse y gritar, subirse y que los vean, subirse y que los vayan a buscar.

Si para esto no sirven los libros no sirven para nada.

Mar

Amiga

Un día que me emborraché peleé muchísimo con amiga. Estaba sacada. La castigaba. Le dije cosas tremendas. Por ejemplo, qué tenía Amigo que no tuviera yo para que decidiera irse de vacaciones con él y no conmigo. Ella me miró atónita. Aturdida. Como si no entendiera qué era lo que me pasaba. Y le dije, dale, no te hagas, que de tonta no tenés nada. Por qué, si siempre te acompañé a todas partes, ahora me dejás aparte. Ella me abrazó. Yo la rechacé, restos de un banquete van al tacho. Andá, pata de pollo, cométela, saboreala y no compartas. Total, para lo que hay, mejor que no haya nada. Ella me dijo, nada que ver, es que quizá queramos ver qué nos pasa a los dos, lejos, huir, hacia una playa. Con razón, ya los últimos días, los noté raros conmigo, meta cuchicheo. Yo no lloro, no quiero llorar, parecería que hiciera berrinche, una nena, nunca crecí. Ella me miró y me dijo, qué problema habría con que fuera una nena, que podía, con la edad que tuviera, entender que sólo se iban dos días y volvían.

Yo me comportaba con más rabia, a propósito, como una discapacitada emocional. Ya van a ver, cuando lleguen, no voy a estar. Dejarme acá, sola, escondida, como una media y ustedes pasándolo increíble. No amiga, esto no te lo perdono más. Y ella, es que no es contra vos, es a favor de nosotros, bah, no sabemos si será a favor, por ahí el hecho de estar solos haga que nos aburramos, no tengamos ganas de hacer nada. O peor, que Amigo le den ganas de hacerme el amor y yo no quiera y cierre la puerta del hotel al que pensamos ir, comience a caminar y diga qué tonta fui, qué tonta soy, y piense en vos, en que hubiera sido mejor estar las dos juntas en la orilla, hubieran aparecido temas de conversación, tantos caracoles partidos en la arena. Y casi sin reproches porque los olvidamos rápido, hubiéramos pensando un plan para ese mismo momento, para la tarde, para la noche, fuera de lo común es ser juntas.

Y recién cuando me dijo eso, le empecé a creer que no estaban haciendo algo en contra mío, a mis espaldas, una mentira, sino que cuando dos personas no se conocen lo suficiente necesitan estar tiempo juntas. Pero enseguida le dije, si vos sabés que no te pasa nada en serio en tu cuerpo, todo por la cabeza y este viaje servirá para coronar algo que no tiene futuro.

Y amiga me miró de reojo, diciéndome, acaparadora, ándate de acá. Se fue corriendo y la fui a buscar enseguida. Le pedí perdón, le dije que no quería decir justo eso, que me disculpara.

Y ella me me propuso, qué tal si la próxima nos vamos nosotras, planeamos un presente, aunque no tengamos dinero, siempre tengamos ganas de despertar el mundo de todas las maneras posibles. Impidamos que se nos duerma en los brazos y debamos cargarlo. El mundo como un bebé. No seamos madres ahora. Ni novias.

Ahora arreglate, tomá un vaso de agua, me dijo amiga, que no quiero verte amargada, quiero que seas magia conmigo.

Amigo

La convengo a amiga de ir al mar. Ella me dice, que no tiene dinero y le contesto que en la mansión en la que vivo lo que está escondido está expuesto y que, por lo tanto, el dinero no es un problema. Ella me dice que hagamos dedo. Y le contesto que, con mi edad, no quiero hacer el ridículo. Y ella, al revés, qué te importa la edad que tenés. Al final gano porque no la termino de ver tan entusiasta como, a veces creo que sostiene ideas a partir de una desgracia, que no se permite estar tranquila, disfrutar, pasarla bien, vaya a saber por qué. En mi caso me interesa estar con ella, de su lado, el que pese a que pone un sinfín de trabas, se destraba.

En el micro se duerme, no quiere hablar, saco temas que rebotan en un vidrio idiota pero lejos de desalentarme, la abrazo. Pienso que si duerme es porque se siente a salvo. Nadie que se sienta disgustado o con miedo, dormiría. Si sólo llegamos al mar para vivir este momento, es un reino.

Después de la mano, con ropa holgada y dos bolsas de mano, nos dirigimos a un hotel. Vemos la vista, apretamos botones, nos duchamos y yo quiero algo más, pero enseguida se resiente como diciéndome, ¿no te basta con que me haya desnudado mientras nos bañamos? Entonces se pone la malla, me mira fijo y me dice, si te quedás con esta sensación sos un tonto. Yo me voy a la playa.

Y entre mis ganas de que me quiera de una manera y la que es, si me quedo en ésta última, pierdo el tren. Entre la nada prefiero su mirada.

A mí en realidad no me gusta el sol, ni el mar, ni la arena, ni usar protector, la gente apiñada. A ella le encanta cada cosa que pasa.

Eso me gusta, por tonta o rota que se presente, para ella es un deleite.

Quiere meterse en el mar, eso me dice, para qué vinimos y pese a que me dé frío y no sepa muy bien qué hacer, entramos. Nado hacia ella. Ella va adelante con la boca cerrada y los ojos abiertos, yo con los ojos cerrados y la boca abierta, absorbo sus patadas fuertes cuando las trago llegan débiles.

Cuando salimos nos acostamos cerca de la orilla y, sin hablar, cada uno construye pequeñas montañas de arena que mojamos con las gotas que caen de nuestros cuerpos. Antes de que se sequen completamente nos mezclamos con lo que existe. Con lo que no existe, no nos mezclamos.

Veo sus manos como si las conociera desde la infancia. Las mías se vuelven de la misma altura.

Somos niños que se tocan por primera vez a través de la materia.

Unidos y separados.

Separados y unidos.

Este viaje está hecho de piel.

amiga

El día en el mar yo sentí un calor mayor de lo normal. Tenía la mente tirante, una parte sumergida en el agua y la otra en la costa. Pensando todo el tiempo en cómo estar en una situación sin estar completamente convencida.

Quiero estar con Amigo pero no sé si lo quiero como él me quiere a mí. Ya se lo dije, a él no le importa, sólo mis ojos, repite. Que él se conforma. A mí esa palabra, a veces me gusta y otras, me distrae. Encontrar un modo de estar en lo que pasa y no en lo que pasaría o debiera pasar. Pero otras, creo lo contrario, si uno se conforma o permite que el otro se conforme con lo que da, también deja de imaginarse algo que lo colmaría, un espacio sin preguntas.

La única vez que creía que me había enamorado me di cuenta de lo contrario. Entonces dudo, desde lo más profundo hacia lo más visible, ¿no será que el amor real se presenta así, primero parecería que no pasa nada y con el tiempo, una se da cuenta que pasaba la verdad?

Si tengo que rememorar no quiero. Con el que creí que ese era amor, malos entendidos. Si seguía por el camino de mi cuerpo, éste iba a atentar contra mi sano juicio, tentándolo. Por eso, pienso en la palabra equilibrio. El de mi mente, el de mi corazón, el de esta relación.

Y qué mejor que seguirle la corriente a la suerte. De no tener nada, estoy en la playa. De no tener a nadie, estoy con él. De estar aburrida, estoy entretenida. De tener la mente en blanco, la tengo llena de emociones. Son tan lindas que me casaría con ellas nada más. Son a las únicas a las que le sería fiel. Y a él, en este caso, porque las provoca.

Después salimos a caminar. Lo hacemos desde la tarde hasta el otro día. Nunca había caminado tanto en mi vida. Hablamos, nos abrazamos, estamos en silencio. Dejamos que el paisaje nos comunique. Son olas nuestro interior. Medusas. Veneno y vértigo. Y en la superficie muchos colores. Como en una ilustración. Pero sin serla. Nunca alcanzamos a conocer a quienes creemos que queremos más. Por qué de más. Cuánto más. Es un solo pájaro el que pasa y tiene un peso especial. Es su aleteo, inconforme, sumergido su pico cada vez que tiene hambre. Nosotros no tenemos. Qué manjares nos llaman la atención. Son ideas sobre lo que no nos pasa. El miedo dulce que esto sea todo.

Copa

Amiga

Esta copa que tengo entre las manos es el futuro pasándonos arriba de la cabeza, un helicóptero que sobrevuela, después de mucho tiempo. Qué son sino estas tres en la mitad de la mesa de un bar, alejado de nuestras familias y nuestras casas. Un cristal equidistante en el que tres miradas confluyen en un sorbo.

Tomar de más, es ser una planta de vidrio que resplandece en un salón de fiestas. Todo pasa por ella, lo refleja, hasta que alguien la rompe. Puede pasar, de hecho ya nos pasó. Es la intimidad real, en un espacio público, no la intimidad que esta amistad, en otro momento, precisó.

A amiga, un día le dije, me encanta tu estado encandilado, pero te estás por caer y se van a reír de vos. Y ella que me escuchaba con los ojos cerrados se cayó igual y se rieron los hombres que estaban alrededor, sin levantarla ni siquiera me ayudaban.

Perder la conciencia es perder la inocencia, eso te quieren hacer entender los demás. Pero nosotras no hacemos caso a un grupo que se ríe de una sola persona.

Somos regalos sin abrir.

Ser ante los demás. Estar entre los demás. No ser ante los demás. No estar entre los demás.

Hacer lo que tengamos ganas.

Las palabras brotan de nuestras bocas contentas.

Cuánto hacía que no te veía.

Y nos abrazamos.

Queda un hueco de aire hasta el piso. Eso es lo único que podemos mirar.

Y no es esa la imagen que condensa nuestro amor.

Sino la de nadar en una misma copa. En círculo, en cruz. Como si fuéramos peces.

Pero somos nosotros cada vez que queremos volver a estar juntos.

Amigo

La verdad es que la perdí, no sé cómo pero amiga se fue lejos de mí. Después de mucho tiempo sin entender, le volví a escribir y me contestó: lo que pasamos fue hermoso, un caracol. Pero no tenía toda la vida para esperar qué sentía. Por eso me fui de tu casa, dejándote una carta. Quise pasar desapercibida y me contás que fue un terremoto en tu vida. No te daban ganas de que pasaran cosas similares con otras chicas y te fuiste muy lejos para saber si el hecho de extrañar deja alguna enseñanza.

Estoy tranquilo. Dejé de estar asustado.

Una sola vez no entendí lo que me dijo por carta, algo así, como que yo quería descreer en lo que había creído. Y continuó. Eso es imposible. Las personas piensan que una relación continúa sólo si tenés hijos, depositan en la vista obligatoria lo que pasó. En cambio, para mí, no es así. Si uno amó, ama para siempre, aunque no vea, aunque no toque, aunque no esté invitado, aunque sea ignorado. Hay un cofre con flores cortadas que viven guardadas. Unas en la mente, otras en la mente. Ahora mismo, continuó ella, si te digo buscá el cofre, abrilo, dame las flores, sé que sabrías de lo que hablo, no tendría que dar ninguna indicación. Es el infinito. No tener que hacer entrar a nadie en una idea, una dirección, una promesa. Imperecederas. Cortadas con el hacha del pasado. Sin evocarlas se mueven, somos nosotros.

Y yo no quiero creer en lo que me dolió creer. Entonces cierro los ojos y dejo que hable.

Total, en un punto no hay interpretación, hay penetración de una corriente de aire del otro en una parte de nuestro cuerpo, no lo invade entero.

Como esta copa, le digo yo, aprovechando que Amiga se paró y fuma un cigarrillo.

Los labios se posan en un solo lugar. No dan toda la vuelta.

Cuando apoyemos los dientes en el borde no hagamos fuerza.

Un momento hermoso podría convertirse en un jardín de sangre.

Solamente comprender el cuerpo con un elemento a su favor.

Ese es el hechizo.

Mis brazos son tallos.

Y los tuyos que abrazan.

amiga

Esta copa amistad quebrada en mil pedazos, esta tarde, los juntamos. Así quedaría como si fuera nueva, aunque se notaran las líneas cortadas, nos veríamos a través de un mapa que nos indicaría, en un abrir y cerrar de ojos, dónde estuvimos, qué nos pasó, el tiempo en que no nos vimos, con quiénes estuvimos, ya estábamos constituidos los unos por los otros.

Pero si vemos de cerca donde se rompió, por ahí no nos guste tanto, el hecho de que cada uno haya estado con otros amigos, con otros amores, en otros lugares.

Siento unos celos incontrolables. Y sé que es pasajero el hecho de contar otras anécdotas, cosas más increíbles que las que vivimos. Porque confío en nuestro corazón, hecho de tres corazones, sigue latiendo. Pero no me gusta escuchar historias, me distraen, porque es la forma de narrar el pasado. El presente no se cuenta o es la cuenta en un collar que vive engarzando en nuestros cuerpos piedras preciosas.

Amigo, aquella vez que te vi, no tenía necesidad de escuchar los pormenores de un amor. Porque son explicaciones que me llevan de la mano a un reformatorio.

Entonces me pregunto mientras los veo, qué pasaría, si en vez de reconstituir, construimos una copa de nuevo. Y lo hacemos. En esta mesa de bar que podría ser cualquier otra, u horario, dirección.

Y pegamos los vidrios como si no conociéramos la palabra copa, al contrario, la hayamos querido desconocer a propósito, surgen seres graciosos.

Arriba de la base Amigo pega su base y Amiga coloca su base como si fuera la cabeza de un gusano deforme.

¿Serán así los sentimientos? ¿Vidrios aplastados desacomodados del pasado?

Desconociéndolo, seres para brindar, brindados, capaces de transformarse en una flor de vidrio.

Y en un momento, nos miramos con Amiga y le preguntamos a Amigo, qué te parece si manejas hasta donde estaba tu casa de manteca y la plantamos.

Amigo, primero dudó, por su actual amor, pero después que miró fijo el túnel por el que había llegado a encontrárselo, enseguida contestó, vayamos.

Los tres en el auto de Amigo fuimos hacia ese lugar recóndito, con una copa rota del bar en el que estábamos, yuxtapuestos los pedazos denominados flor.

Amiga fue atrás. Amigo condujo. Yo iba al lado de Amigo como nunca había ido. En mi regazo la planta. La ruta en silencio. Hasta que empezó a sonar una música conocida que tarareamos hasta gritar.

La casa tenía otro dueño, porque los padres de Amigo habían fallecido. El tema era entrar, saltar el alambrado eléctrico, las cámaras, las luces que delatan escondidas.

Y subiéndonos al paredón saltamos los tres juntos del otro lado, que era propiedad privada, que antes había sido nuestra vida compartida, en el fondo encontramos un hoyo, un hueco, donde dejar la flor de vidrio, con la esperanza de que creciera tan alto y tan inmensa como nuestro amor y que, cada vez que lo necesitáramos, sus tallos, sus hojas nos trasladaran hasta allí, a estar los tres, a salvo de la intemperie porque juntos había pasado el porvenir.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora de Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente